

la, refresca y divierte el espíritu, sin echar mano de embustes y patrañas, como los idealistas, con solo la magia de su amorosa condición y simpático carácter. Es su talento de indole femenina, no por lo endeble, sino por lo gracioso y atractivo.»

Y por eso, sin duda, pinta esas figuras de mujer, tan adorables, cuyo recuerdo vivo no os abandona nunca, desde el momento en que tuvisteis la feliz idea de trabar con ellas conocimiento y amistad firme y duradera. ó enemiga franca, viviente, como si hubieseis de acusarlas mañana mismo ante el tribunal de las justicias sociales.

1887.

SOBRE LA CRÍTICA

—
 A PROPÓSITO DE LA LITERATURA ESPAÑOLA
 EN FRANCIA

Hace tiempo que M. Leo Quesnel dedica especial atención á nuestra literatura contemporánea, de la cual ha tratado diferentes veces en la *Revue Bleue*, en la *Novvelle Revue* y otras publicaciones análogas. Siempre es una satisfacción ver cómo los hombres de otros países se ocupan de las cosas nuestras; y no por la vanidad de que se codeen los nombres de nuestros escritores con los de quienes gozan fama más europea, aunque no sé si legítima siempre, y por el orgullo infantil de exclamar: «¡Vean ustedes si aquí valemos también y sabemos hacer las cosas!»; mas porque el hecho de que se fijen en ellos indica que el movimiento

literario español no se reduce á la manifestación, más ó menos brillante, de dos ó tres individualidades de talento, sino que toma ya los caracteres de una corriente colectiva bastante señalada para que llame la atención y adquiera propio y determinado lugar en la esfera del arte.

Ha pasado ya al estado de axioma que los nombres de unos cuantos trabajadores incansables, serios y reflexivos en cosas de sustancial importancia científica y artística—de los cuales podemos reclamar la nacionalidad y deberíamos reclamar con un mayor interés y respeto la gloria,—son más conocidos en tierras de Alemania y de Inglaterra que en estas, castellanas ó no, que forman el Estado español. De esos ya no hay que hablar, puesto que lo maravilloso no es que por fuera les hagan justicia, sino que en casa se les niegue, solo porque no han comparecido en los estrados del tribunal popular. Así queda probado que los tales, quizá representen un movimiento novísimo intelectual en sus respectivas esferas, y tal vez influyan por sí mismos en tierras de moros y herejes; pero que de ambas cosas se encuentra, hoy por hoy, perfectamente ignorante nuestro público, y salvo de todo llamamiento testifical. De los literatos, ya es cosa distinta: de los literatos se preocupa todo el mundo, aunque cada cual lo haga por motivos diferentes; y nos interesa mucho, pero mucho, con interés real y con cu-

riosidad, saber qué cosas dicen de ellos los pontífices de la crítica extranjera.

Quesnel ha publicado en la *Nouvelle Revue*, con fecha de 15 de Septiembre, un artículo titulado *La literatura española*, en el cual pasa revista sumariamente, á las más importantes de las obras literarias publicadas en 1887. Los autores escogidos son Campoamor, Echegaray, Clarín, Castelar, Valera, Galdós, Palacio Valdés, Zorrilla y algún otro. Lo que de cada uno de ellos en particular dice, no es mucho, ni importa acotarlo por lo general.

Ya en el párrafo inicial advierte que «dejará á un lado las obras secundarias, aun cuando están llenas de promesas, para quedar solo con los maestros de la poesía, del teatro, de la novela y de las diversas ramas de la crítica histórica y literaria.»

Lo primero que se nota en los juicios de Quesnel—no obstante tener razón al elogiar las obras citadas—es el abuso de la alabanza, tan deplorable en los críticos como el abuso opuesto de la censura, pero de peores efectos que este último. Creo yo que este vicio, en el cual solemos caer todos á poco que nos descuidemos, y que lealmente pensando no puede siempre atribuirse á la *camaraderie* literaria, procede de que, en la generalidad, la crítica no ha salido de este rudimentario primitivo estado: ser el reflejo de la impresión personal causada por la obra, el cual se formula del siguiente modo:

«me parece buena ó me parece mala»; y más modestamente, «me gusta ó no me gusta.» Con esto, y con poner de relieve, en un caso, las bellezas encontradas, y en otro los que nos parecen defectos, se acabó la crítica; que así, ó se resiente de un tono duro, despreciativo y *ferulesco* (si vale el adjetivo), ó se deshace en elogios, admiraciones y espasmos de satisfacción literaria. Cuando el crítico es poco vehemente, estas manifestaciones salen con las tintas rebajadas, con cierta discreción y mesura, templada al mayor ó menor gusto del juzgador. No busquemos nada más; pero comprendase que nada más puede exigirse á quien no ve la crítica sino en el concepto indicado. Al hacer esto suponen sinceramente que han cumplido con su misión y se admiran de que les pida otra cosa.

Naturalmente, la situación en que tal idea de su arte pone al crítico, es la más apta para dar entrada al *personalismo*, por mucha prevención que tuviese. Y en efecto el personalismo, en figura de simpatías ó antipatías, afinidades ó diferencias de ideas, afición mayor ó menor al asunto, se entra calladamente por aquellas páginas y les da ese tono, tan generalmente advertido.

Otra cosa es la crítica y otra debe ser la posición del que juzga, para formar juicio *objetivo* de las cosas y huir de los escollos mencionados.

Cuando se juzguen las obras literarias como

ya se hace con algunas obras científicas, ó como pretenden hacer para todas los hombres que aquí llevan la dirección y representación del sentido moderno en cosas de estudio; cuando la crítica nos diga, no solamente lo que le parece la obra, en su cualidad de buena ó mala, sino el valor y significación de ella: el sentido y dirección que acusa: el concepto del arte y de su arte especial á que responda: las influencias que deja entrever y las afinidades: su colocación y sitio en medio de las contemporáneas; y, más en grande, en la continuidad de la historia, en medio de todas las producidas como manifestación de estados artísticos en la conciencia de las sociedades y de los hombres; cuando se determine y se estudie una obra literaria como se determina y estudia un ejemplar botánico, exactamente como él, con todo lo que esto significa en procedimientos y en posición de juicio; cuando de la atención (hartas veces superficial y de impresión primera) hacia el gusto y concepto individual del que juzga, se pase á la atención sincera y franca de la cosa misma sometida á juicio, procurando acusar todos los elementos, las notas todas que en ella la observación de cada cual advierte; entonces y nada más que entonces se habrá fundado la crítica verdadera, instructiva, formadora del gusto y reformadora del arte, y en la cual la mera impresión estética de parecer bien ó mal lo visto y leído, es una parte nada más, que,

por sí sola, en el estado de espontaneidad superficial con que suele darse, no es cosa que enseñe demasiado, ni en la cual pueda encontrarse aquella entraña y riqueza de pensamiento que en la crítica se busca y pide.

Parece que ya es hora de que hagamos esto, sobre todo con nuestros autores. Porque aquí, donde tan pronto se dice que nuestra novela, pongo por caso, no significa nada en la literatura moderna, como que está por encima de todas, apartada de las exageraciones y crudezas de la naturalista vecina, y continuando (después de cernerla y apartar la cáscara moralista y empalagosa que á veces tiene) la tradición realista inglesa; aquí, donde se hace la labor literaria como en un desierto, sin enlace ni relación de conjunto con la situación artística de Europa, convirtiéndola en industria doméstica de unos pocos, entre quienes suele faltar la sociedad ideal que da concreción y valor de conjunto á los esfuerzos individuales; aquí, donde se suele escribir *de instinto*, por tanteos, sin plan, ni dirección reflexiva, obedeciendo sólo al deseo interno del talento, que busca materia en que emplear su fuerza espontánea; aquí, más que en parte alguna, se nos impone necesidad de emplear nuestra crítica en ese orden de estudios mencionados, sobre la producción literaria.

¿Pero tenemos siquiera un mal resumen, mucho menos una historia, por elemental que sea,

ni una simple lista hecha con algún orden é intención de los autores y obras de nuestra literatura contemporánea? No tenemos nada de eso, y hemos de buscarlo en manuales, estudios ó relatos de viajes extranjeros. Por esto ocurre que los jóvenes apenas sí conocen más nombres que los de aquellos escritores estrictamente contemporáneos, en el límite reducido de una vida que no empieza hasta entrada la edad de la reflexión; y de todo lo que hemos tenido — mejor ó peor — en poesía, en novela, en oratoria, en el periodismo, en el teatro, desde comienzos del siglo, no saben más que tres ó cuatro nombres, en los cuales no aciertan á ver toda la significación que encierran para nuestra historia literaria, ya que, mala ó buena, siempre la hay; y no sé cuándo resulta más necesario su conocimiento, si cuando conviene seguirla ó cuando es preciso rehacerla y enmendarla.

1888.